

cuenta escuderos vestidos de seda y plata, quinientas traillas de perros de caza, y un sinnúmero de halcones; de modo que contando los cortesanos no había menos de dos mil caballos, importando los gastos doscientos mil florines de oro (1). Los Médicis no quisieron quedar atrás en suntuosidad, y pudieron añadir muchas preciosidades de las bellas artes; Florencia mantuvo con sus fondos públicos aquella numerosa comitiva y dió tres representaciones sagradas, á saber, la Anunciación en San Félix, la Ascensión en los Carmelitas, y la Venida del Paráclito en el Espíritu Santo, cuya iglesia desgraciadamente se incendió.

Á su inclinación al fausto y á las mas escandalosas sensualidades reunia Galeazo una fatal tendencia á la crueldad y á los mas refinados tormentos. Para que quedase complacido de los espantosos suplicios que presenciaba, lo acompañaba de insultantes bufonadas, y no le satisfacían sus liviandades, sino las sazónaba con un triunfo desvergonzado, con la desesperación de los maridos y de los padres deshonrados. Para probar su intrepidez, mandó cierto día que pusiesen á su barbero en un tormento, y cuando lo sacaron, quiso que le afeitase. Fue otra de sus víctimas una hermana de Jerónimo Olgiato. Ofendido este de aquel ultraje, se reunió con Andres Lampugnani y Carlos Visconti, los cuales entusiasmados por Nicolas Montano con las ideas de la libertad romana y de la reputación que adquieren los tiranidas, se juramentaron ante los altares cual si se propusiesen una obra santa y gloriosa, y lo asesinaron.

El pueblo, enfurecido, mató á estos y prestó

(1) « Llevaba consigo á sus principales feudatarios y consejeros; todos iban vestidos de tela de oro y plata regalada por el liberalísimo duque; su comitiva estaba muy bien equipada con trajes nuevos; los cortesanos pensionados por el príncipe vestían de terciopelo y otras finísimas telas de seda é igualmente sus camareros, que se distinguían por brillantes recamados; á cuarenta de ellos les había dado un collar de oro, siendo el de menor precio de cien ducados; y Viricilino Visconti iba delante de él llevando su espada. Tenía cincuenta escuderos, todos vestidos con dos trajes, uno de tela de plata y otro de seda; en fin, hasta los criados de cocina estaban vestidos con diversos terciopelos y rasos. Hacía que llevasen tras él cincuenta caballos con silla de tela de oro, látigos tejidos de seda, estribos dorados, y sobre poderosos caballos iban elegantes manechos vestidos con jubon de tela de plata y una capa de seda á la *sforcesca*; para la guardia de su excelencia había cien hombres de armas, vestidos todos como capitanes, y cincuenta infantes escogidos, cada uno de los cuales estaba pensionado por el príncipe. Para la duquesa había destinado cincuenta hacaneas, todas con sus sillas y arneses de oro y plata, sobre las cuales iban sus pajes ricamente vestidos; tenía doce carruajes, todos cubiertos de tela de oro y plata y recamadas sobre ellas las insignias ducales. Los colchones y las cabeceras eran de tela de oro rizado, algunos de plata y otros de raso carmesí, y hasta los arrees de los caballos estaban cubiertos de seda. Para pasar los Alpes hizo poner estos carruajes sobre mulos. La comitiva se componía de dos mil caballos y doscientos mulos de tiro, todos enjanzados del mismo modo y con mantas de damasco blanco y de color mas oscuro, llevando en medio recamadas de oro y plata las armas ducales, y los muleros vestidos de nuevo á la *sforcesca*. También llevaba quinientas parejas de perros de diversas clases y graadísimo número de halcones y gavilanes. Iban asimismo cuarenta trompetas y pifanos, muchos bufones y otros con diversos instrumentos músicos. Se calcula que todo este aparato costaría doscientos mil ducados. » CORIO.

homenaje á Juan Galeazo, hijo del difunto, de edad de seis años, en cuyo nombre gobernaron la viuda Bona y el prudente y hábil Cicco Simonetta, los cuales agradaban á los súbditos y tenían sujetas las provincias; pero los tios del duque, á quienes el ejemplo de Francisco hacía creer que ninguna ambición era imposible de realizar, vinieron á conmovier el Estado y á pretender parte en la administración, contando para ello con el apoyo de los Gibelinos y de los extranjeros, y especialmente Luis el Moro, que trataba de elevarse sobre las ruinas de todos. La destreza de Cicco desbarató sus maquinaciones; pero entretanto el rey de Nápoles y Sixto IV suscitaban por todas partes enemigos al nuevo gobierno.

Después de haberse entregado Génova otra vez á los Franceses, y sacudido su yugo nuevamente con auxilio de Francisco Sforzia, el cual, aunque la tuvo sujeta, observó las condiciones estipuladas, se ingenió luego cuanto pudo, para recibir magníficamente á Galeazo María cuando hizo aquel famoso viaje; pero él se presentó con un traje menos que sencillo, y entre insultante y medroso se alojó en un castillo. Entonces los Genoveses ofrecieron entregarse á Luis XI, quien les respondió: *Y yo os entrego al diablo*. En su consecuencia tuvieron que someterse, aunque con disgusto, á los Sforzias, de cuyo dominio se separaron para volver á él diez años después.

Los Suizos, que habían adquirido la fama de invencibles, se dejaron pervertir por el orgullo, por las lisonjas de los príncipes, el oro y el lujo extranjero, resultando de aquí la corrupción en los consejos, la manía de empresas guerreras, y que la bravura se hiciese venal. Los magistrados alistaban á los reos que se les entregaban para juzgarlos y los enviaban después al combate, y hasta el mismo gobierno vendía sus batallones á los extranjeros. Habiendo cortado los Milaneses uno de sus bosques, una banda de Uri corrió contra Bellinzona; pero Cicco los apaciguó por dinero y juraron no volver á molestar el ducado. Sixto IV les dispensó del juramento, mandándole el estandarte bendito de San Pedro para que fuesen á defender al padre común, y á ayudar á los señores lombardos á restituir la libertad á Italia. Fueron, pues, en el rigor del invierno y en Giornico derrotaron á los ducales, consiguiendo una paz ventajosa.

Los tios del duque, ayudados por los acontecimientos exteriores, se rehicieron, y volviendo á la ciudad, quitaron á Simonetta los cargos que desempeñaba y la vida (1). Después expulsaron á la duquesa, á pesar de que su debilidad

(1) El duque le creía inocente, y en una carta suya que existe en el archivo de Milan, escribe: « La causa principal de su muerte ha sido el señor Roberto (Sanseverino), el cual por su índole perversa y maligna, y por la enemistad y encarnizado odio con que había perseguido siempre á Mr. Cicco, dedicó todo su cuidado y pensamiento á hacerle morir: no descansando hasta que vió cumplido su intento como vos, Mr. Hugo, sabéis demasiado etc. »

Luis el Moro. 1491.

la hacía poco terrible, y Luis el Moro llegó á ser regente en nombre de su sobrino; pero sus deseos no se circunscribían solo á esto, y rodeado de sus hechuras, pensaba desembarazarse de Juan Galeazo y reinar en su lugar. Mas para ello le convenia que el país se hallase agitado, y al efecto invitó á Carlos VIII á una expedición, de la cual principian otros desastres para Italia, cuya peor desgracia es tener siempre desgracias nuevas.

CAPÍTULO XIX

Toscana. — Los Médicis.

1341. 2 de Octubre.

Hemos seguido las vicisitudes de la Toscana, hasta el punto en que los Florentinos dejaron que los Pisanos se anticiparan en la conquista de Luca y queriendo recobrarla fueron derrotados en la Ghiaja (1). Los desastres dan siempre rigor al partido popular, atendiendo á que encontrándose cada uno obligado á contribuir á la reparación con sus propias fuerzas, conoce su valor y desea ejercerlas. Además, para abatir el poder de los nobles, proporcionaron á los siervos medios de hacerse libres, ya admitiéndoles en los Comunes, ya protegiéndoles en sus querellas contra los ricos. Después se instituyó un capitán de la guardia ó conservador del pueblo, que tenía á sus órdenes cien hombres de caballería y doscientos infantes, exento de obedecer las órdenes de la justicia y de dar cuenta á otros que á los priores de las artes. El primero fue Jacobo Gabriel de Gubbio, que severo y tiránico para contemporizar con la plebe, oprimió á los nobles, tratando de privarles de los castillos que poseían en un radio de veinte millas alrededor de la ciudad, proscribiendo algunos de los Bardi y Frescobaldi que intentaban cambiar el gobierno del Estado, y adquiriéndose tal odio, que cuando cesó en su destino, se mandó que ningún Gubbio se eligiese en lo sucesivo para cargos públicos.

Duque de Atenas. 1342.

Descontentos los Florentinos de la lentitud de los magistrados y de la pérdida de Luca, confirieron el señorío á Gualtero de Brienne, duque de Atenas, que estaba á sueldo. « Ni la sabiduría, ni la virtud, ni la antigua amistad, ni el mérito de los servicios, ni las afrentas vengadas, sino las grandes discordias (2), » obligaron á los Florentinos á sujetarse al dominio de este extranjero, que, tan avaro como ambicioso, procuró aprovecharse de las pasiones de todos los partidos y engañarlos á todos. Era péfido, obstinado, sin piedad y sin fe. Los antiguos nobles, excluidos de los negocios y vituperados por un poder que ya no ejercía, y los vecinos ricos, dominadores soberbios y odiados, para vengarse de la aversión y desconfianza con que la plebe los miraba, á porfía excitaban al duque

(1) Véase antes, pág. 112.

(2) Carta del rey Roberto al duque de Atenas.

á que usase de rigor; pero él se ensañó especialmente contra los últimos, resucitando antiguos procesos, en particular contra los que habían manejado los fondos del Común. De este modo, lisonjeando á la vez á los nobles y á los plebeyos, y concediendo privilegios á sus fautores, logró al fin obtener el señorío sin ningún límite ni restricción. Entonces se quemaron los libros de las ordenanzas de justicia y los estandartes de los gremios, siguiendo este ejemplo Arezzo, Pistoia, Colle, San Geminio y Volterra, mientras Gualtero, rodeado de mercenarios Franceses y Borgoñones ejercía la mayor tiranía, con enormes impuestos, juicios injustos, lujo en festejos y abusos de poder, redimiéndose de Franceses ávidos de botín y de mujeres, defraudando á los acreedores públicos para acumular dinero, y castigando sin piedad á cualquiera que vituperaba su gobierno, de modo que un cronista concluía su relato en esta forma (1): « Mis carísimos ciudadanos, guardaos de entregáros á un tirano. »

Se alió con los Pisanos, los Scaligeri, los Stensi y los Pépoli, garantizándose recíprocamente sus dominios respectivos, y al mismo tiempo daba todos los destinos á la gente mas baja, excluyendo á los hidalgos. Así obtuvo la reputación vulgar de democrático; pero le duró poco, como sucede siempre con las reputaciones vulgares. Habiéndose aumentado su dominio, los grandes, los vecinos ricos y los artesanos formaron tres conjuraciones, ignorando los unos las de los otros, y gritando: *Viva el gobierno popular, libertad*, asaltaron el palacio del duque. Los partidos se reconciliaron, y el arzobispo interpuso su mediación para un acomodamiento; pero el duque se retiró, Guillermo de Asis, Cerrettieri Bisdómini y otros de aquellos miserables que jamas faltan para ayudar á los tiranos, é irritarlos contra su propia patria, fueron asesinados con tan furibunda rabia que llegaron hasta comer sus carnes. Se declaró fiesta solemne, igual á la de Pascua, el día de Santa Ana, y hoy ondean todavía en la iglesia de San Miguel los veintinueve estandartes de las artes en memoria de aquel acontecimiento.

Los Florentinos recobraron por dinero muchas plazas fuertes, cedidas á otros por el duque; pero Pistoia, que tenía el nombre de aliada, y que en realidad era esclava, tomando ejemplo de la que la dominaba, hizo salir de su territorio al capitán y guarnición florentina; también recobraron su independencia Arezzo, Colle y San Geminiano; Volterra volvió á poder de Octaviano de los Belforti, mientras que Siena continuaba independiente, y ponía freno á los nobles del campo.

Para establecer nueva forma de gobierno en Florencia, se nombraron catorce diputados con el arzobispo, y como todos habían cooperado á destruir la tiranía, se asignó á los magnates la tercera parte de los empleos; pero estos apenas

(1) Ricordi de FELIPE DE CINO RINUCCINI.

salieron de su primer envilecimiento, no supieron conservar una modestia cortés, ni mirar á los particulares como iguales, ni á los magistrados como superiores, de modo que aumentándose por una parte la insolencia y por otra el despecho del vulgo, se insurreccionó este contra las familias ilustres, derribó sus palacios y se reorganizó el gobierno de la plebe, dividiendo la ciudad en cuatro distritos en vez de seis que ántes tenia (1). Los nobles quedaron excluidos de las magistraturas; pero despues disminuyó este rigor, y admitieron entre los ciudadanos á muchas de aquellas familias, reformando las ordenanzas de justicia que les eran perjudiciales. « Y nota y recuerda, lector (dice el buen Villani), que en poco mas de un año, nuestra ciudad sufrió tantas revueltas, que varió hasta cuatro distintas formas de gobierno. Así es que ántes de que fuese señor el duque de Atenas, dominaba la clase rica, y portándose mal, pasaron á la tiránica autoridad del duque; derribado el poder de este, gobernaron juntamente los grandes y los demas vecinos, pero por poco tiempo, produciendo fatales desastres; hoy estamos gobernados casi por los artesanos y el pueblo bajo. ¡ Quiera Dios que sea para la exaltación y felicidad de nuestra república; pero me temo suceda lo contrario por nuestros pecados y defectos; porque los ciudadanos no tienen amor y caridad entre sí, y ha quedado arraigada en los que nos gobiernan aquella maldita costumbre de prometer bien y obrar mal! »

Entretanto continuaban las guerras parciales, y las devastadas campiñas tenían que pedir á la ciudad que las socorriese; pero la industria en el interior y los bancos en el exterior hicieron florecer de nuevo el Estado, que habiendo aumentado sus rentas, sus posesiones y castillos, se encontró tan poderoso, que tuvo gran parte en las vicisitudes de toda Italia. Para sostener Florencia la guerra contra Mastin de la Escala, enviaba á Venecia veinticinco mil florines de oro cada mes (1335-38); tenía tambien á sueldo mil caballos y guarniciones en las ciudades y castillos, de los cuales habia diez y nueve solo en el condado de Luca, y uno en Arezzo, en Pistoja y en Colle. Cuarenta y seis ciudades amuralladas la obedecian ademas, de las abiertas y las que pertenecian á los ciudadanos. Sus rentas directas no eran de consideración; pero los impuestos indirectos ascendian á trescientos mil florines al año, esto es, mas que tenían los reyes de Sicilia, de Nápoles y de Aragón. Bastando á los magistrados el honor y el placer de servir á su patria y cesando los sueldos de los caballeros durante la paz, los gastos no excedian de cuarenta mil florines de oro, comprendiéndose en ellos los salarios de todos los empleados, las limosnas á los monasterios y hospitales, las fiestas populares y las que se

(1) Entónces (1344) se instituyeron los vigilantes, para acudir á los incendios: una estaba siempre de vigia, y en cuanto empezaba algun fuego tocaba la campana.

hacian por los extranjeros ilustres, así como el mantenimiento de los leones, animales tan apreciados en Florencia como en Venecia.

Contaban veinticinco mil hombres de quince á sesenta años, capaces de llevar las armas, entre los cuales habia mil quinientos nobles y poderosos, y apénas sesenta y cinco caballos equipados segun las instituciones democráticas; tenían tambien mil y quinientos extranjeros, y el conde reunió ochenta mil habitantes. No habiendo entónces la costumbre de llevar en las iglesias registro de bautizados, ponian una haba negra por cada varon y una blanca por cada hembra que recibia el sacramento en el único bautisterio de San Juan, calculándose por este medio que nacian al año de cinco mil ochocientos á seis mil niños; habia en las escuelas de lectura de ocho á diez mil; en las de aritmética de mil á mil doscientos, y en las de gramática y lógica unos seiscientos. Mas de doscientos talleres (aunque en decadencia, porque la Inglaterra comenzaba á trabajar) se ocupaban en los hilados y tejidos de lana, fabricando de sesenta á ochenta mil piezas de paño, en valor de mas de un millon y doscientos mil florines y donde adquirian su sustento treinta mil personas; veinte tiendas de telas extranjeras vendian mas de diez mil florines, sin contar las que se expendian fuera de Florencia.

Mucho podria decirse de la magnificencia de sus edificios, así es que Juan Villani afirma « que un extranjero que llegase por primera vez, creeria al ver los soberbios edificios que á distancia de tres millas rodeaban la ciudad, que formaban parte de ella como en Roma, sin hacer mención de los elegantes palacios, torres con sus patios y jardines circuidos de murallas, situadas á mayor distancia y que en otros países serian llamados castillos (1). » En noviembre de 1333, el Arno tuvo una avenida tan impetuosa que destruyó tres puentes, y tambien las pesquerías, murallas y habitaciones, causando daños incalculables, que la ciudad se apresuró á reparar, gastando en estas obras ciento cincuenta mil florines de oro; casi al mismo tiempo construía un magnífico palacio sobre las lonjas de San Miguel de Oro; colocaba los cimientos de aquel maravilloso campanario, mientras seguia una desgraciada guerra para conquistar á Luca y otra contra Mastin de la Escala.

Esta opulencia decayó luego, con las discordias civiles, con la tiranía del duque de Atenas, la corrupcion de las costumbres libres (2), y últi-

(1) Lib. XI, 91, 92, 93.

(2) « Los antiguos moderados y virtuosos, que acostumbraban regir y gobernar la república en una gran libertad, con actos juiciosos y providencias diligentes, administraban aquella en tiempo de paz y de guerra, no perdonando las faltas que se cometian contra la patria, ni dejando sin recompensa las buenas acciones que se ejecutaban en beneficio y honor del Común. Es, pues, de admirar cómo se conserva en nuestros tiempos la ciudadanía, careciendo de las antiguas virtudes y régimen: y en lugar de aquellos patriotas, que despreciaban sus comodidades para aumentar las del Común, se encuentran usurpadores del gobierno con indebitas y des-

mamente por efecto de grandes quiebras. Los Bardi, que eran banqueros en 1345, tenían prestados con intereses al rey de Inglaterra novecientos mil florines de oro, y cien mil al de Sicilia, y los Peruzzi seiscientos mil al inglés y cien mil al siciliano. No habiendo podido satisfacer el rey de Inglaterra ambas deudas, los Bardi se vieron precisados á faltar á sus acreedores, á quienes dieron el sesenta y ocho por ciento de sus créditos y mucho ménos los Peruzzi. Á estos desastres, mas sentidos que las derrotas (1), se agregó la peste (1340), que quitó la vida á cien mil hombres, corrompió las costumbres por la acumulacion de fortunas, é hizo aumentar el precio de las manufacturas. Florencia procuró rehacerse de estos quebrantos, fundando una universidad (1349), y poco despues á instancia de Bocaccio una cátedra de griego (1360), que fué la primera que hubo en Occidente. Pudo consolidar su dominación en Prato (1350), y para defender á Pistoja de los Visconti que habian conquistado á Bolonia, la dejó su independencia; pero teniendo la guarnicion florentina.

En efecto, Juan Visconti de Oleggio, elegido señor de Bolonia, invadió los valles del Ombrone y del Bisentino, y siguió adelante favorecido por los Ubaldini del Mugello, los Pazzi del Valdarno, los Albertini del Valdambra y los Tarlati de Arezzo; pero Siena, Perusa y Arezzo se unieron á Florencia para defenderse, hasta que en Sarnana concluyeron la paz por mediación del arzobispo y señor de Milan.

La sumisión de Florencia á Carlos IV (1355) es un accidente sin mas significado que los cien mil florines con que le pagó la confirmación de sus privilegios, y en las otras ciudades solo sirvió para dar mayor efervescencia á las dis-

honestas solicitudes y argumentos, hombres advenedizos, sin objeto ni virtud, y de ninguna autoridad en su mayor parte, los cuales, despues de adoptar el régimen del Común, trabajan tan asiduamente en su provecho y el de sus amigos, que se olvidan de lo que es ventajoso á la república. No hay quien piense en esta, ni en su libertad, ni en su engrandecimiento, ni en su honor, ni en remediar el peligro que pueda sobrevenirle, sino en el último día ó cuando el daño es ya inevitable. Este es el motivo de que ocurran á menudo graves casos al Común, y nadie se avergüenza de haberle hecho mal, ni sufre por ello pena alguna, siendo de consiguiente admirable que se mantenga en pie la república. Pero los discretos de nuestra época opinan que esto es debido á una gracia singular de Dios, pues en medio de tantos ciudadanos y religiosos, aunque los mas sean malos, hay bastantes virtuosos y buenos, cuyas oraciones preservan la ciudad de muchos peligros. Por lo demas, la gente es preciso tenga algo de católica y limosnera, pues que Dios la conserva, fuera de que las ordenanzas dadas á la masa del Común por nuestros mayores, y el régimen administrativo establecido por las leyes que se han conservado, contribuyen en gran manera al sostenimiento del Estado. Aunque los indignos usurpadores del poder sean muchos, aunque se encuentren mal dispuestos en favor del bien común, y ocupen, solícitos de su propia ventaja, la libertad civil, sin embargo, el plazo de dos meses concedidos al supremo empleo del priorato es tan breve, que sirve de contrapeso á la arrogancia individual: esta es reprimida tambien no poco por la compañía de nueve priores. Con todo, no pueden corregir la continua falta de prevision y cuidados públicos. » M. VILLANI, IV, 69.

(1) Hablando Juan Villani de la quiebra de los Scali, que importó 400,000 florines, dice: « Aquella quiebra fué mayor derrota para los Florentinos, aunque sin daño de las personas, que la de Altopacio. » X, 4.

siones interiores. Apénas marchó aquel monarca, renacieron las emulaciones dentro y fuera, empeorando con las tropas mercenarias.

Florencia, que era el brazo derecho de la Iglesia y del partido güelfo, manifestó una honrosa franqueza en las cosas eclesiásticas. El inquisidor fray Pedro del Águila, hombre orgulloso y ávido de dinero, tenía poderes del cardenal de Bárros, Español, para cobrar doce mil florines que le debía la compañía de los Acciajuoli que habia quebrado, y aunque con permiso de la señoría consiguió una fianza suficiente, hizo sin embargo que los esbirros del Santo Oficio arrestasen á uno de sus socios. Esto ocasionó un tumulto, en el que los amotinados arrancaron al preso de poder de los esbirros, y la señoría los desterró, despues de haberles cortado las manos. Encolerizado el inquisidor, se retiró á Siena y declaró en entredicho al capitán y priores de Florencia. Estos apelaron al papa, acusando al inquisidor de otros abusos, quien en dos años habia sacado á los ciudadanos siete mil florines, dando el carácter de herejía á cada palabra grosera ó á cualquiera expresion poco decorosa, y el pontífice enterado de todo, anuló aquella censura. Entónces el Común ordenó, como ya se habia hecho en Perusa y en España, que ningun inquisidor pudiese imponer pena alguna fuera de las de su oficio, ni condenar con castigos pecuniarios, ni tener cárceles particulares; vedó á los magistrados que les proporcionaran alguaciles, ni les dejasen arrestar á nadie sin consentimiento de los priores, y como Pedro del Águila habia dado licencia para el uso de armas á mas de doscientos cincuenta ciudadanos, lo cual le producía mas de mil florines anuales, se mandó que el inquisidor no pudiese tener mas de seis familiares armados, ni diese licencia para llevarlas á mas de otros seis, que los del obispo de Florencia se redujesen á doce y á la mitad los del de Fiesola, y que el eclesiástico que ofendiera á un lego criminalmente, quedase sujeto á la jurisdicción del magistrado ordinario, sin excepcion de dignidad, ni consideración á los privilegios pontificios.

El legado Albornoz, á quien siempre habían auxiliado los Florentinos con sus tropas para que sujetase la Romanía y reprimiese la gran compañía, concluyó por su parte la paz, dejando á Florencia expuesta á los ataques de tan formidables enemigos; pero pronto le llegaron socorros de todas partes enviados por los señores que ya se habian cansado de esta tiranía, y obligaron á Lando á emprender la fuga. Aquella guerra dió el último golpe á los feudatarios del Apenino, que de capitanes de los antiguos marqueses se habian trasformado en señores independientes, vestigio de las costumbres germánicas. El principal entre ellos era Saccone de los Tartari, que desde el castillo de Pietramala capitaneó á los Gibelinos de toda la Toscana, hasta que falleció en 1350 de edad casi secular. Los condes de la Gherardesca tambien se sometieron á Florencia, la cual los nombró vicarios de Bib-

bona y de catorce castillos en la marisma; los Gambacorti pusieron bajo el dominio de ella á Bientina, los condes Alberti de Mongona á Cerbaya; los Spinetta á Fivizzano; los Ficasoli la recomendaron el castillo de Frollo; los condes de Fatifolle le rindieron los castillos de Felforte y Gattaya; otro tanto le hicieron los condes de Dovadola; y los Ubaldini, ricos en tierras y castillos en el valle del Senio y en el vicariato de Firenzuola, de donde habian salido muchas veces contra Florencia, habiendo sido batidos, renunciaron catorce castillos que todavía ocupaban, cuyo triunfo obtuvo Tomas de Treviso, capitán del pueblo. Los castellanos se habian sostenido hasta entónces dando acogida y auxilios á los desterrados; pero no pudieron resistirse desde que los emperadores, descuidando la Italia, dejaron que allí tomase incremento el elemento popular y ciudadano.

La ocupacion de Volterra, á la cual libertaron los Florentinos de la tiranía de Focchino Felforti, les produjo una nueva guerra con Pisa. Quisieron quitarla su comercio, y para ello hicieron puerto á Talamon y establecieron el depósito principal en Siena, demostrándola de este modo que sin ella podían continuar su tráfico mercantil por mar y por tierra. Entretanto en Pisa estaban vacías las casas, los almacenes y las hospederías, los caminos sin viajeros, el puerto sin naves, la ciudad solitaria cual una miserable aldea, y de señora que era de los mares, pudo por mar ser combatida por su rival del Mediterráneo. Dos nuevas facciones habian surgido dentro de sus muros, los Fergolini, ciudadanos dirigidos por los Gambacorti y los Raspanti, que tenían mala reputacion por haber robado mientras tuvieron el gobierno. Los odios se aumentaron y estos produjeron la tiranía ejercida ya por uno, ya por otro partido, y los Visconti de Milan, que jamas cesaron de codiciar el dominio de Toscana, á fin de arruinarla con las luchas internas, favorecieron á los Raspanti, autores de la supresion de las franquicias comerciales que disfrutaban los Florentinos, á quienes á la sazón incitaban á la guerra. Los Visconti enviaron á Juan Acuto en socorro de Pisa; pero la rapacidad de las tropas que mandaba, la peste que volvió á aparecer y la derrota de San Sabino (que todavía se celebra en Florencia con el manto de San Victorio) redujeron á los Pisanos al mayor conflicto (1), y no pudiendo satisfacer despues su última paga á los aventureros, proclamaron dux á Juan Agnello,

(1) Aquí acaban su relacion los tres Villani, historiadores apreciables, cuya falta es imposible suplir con otros.

Juan Cavalcanti cuenta que cuando se pagaron á Acuto grandes cantidades, separó seis mil florines y los regaló á Spinello Alberto (natural de Luca), que era tesorero, en recompensa de sus servicios. Spinello le manifestó su gratitud, y volviendo á Florencia, se apeó á la puerta del palacio de la ciudad; contó á los señores cuanto creyó conveniente, y les entregó su repleta bolsa, diciendo: « Enviadla á la cámara, » acompañada de una cédula en que conste que la entregó al entrar en el Comun. » Así se hizo, y Spinello envejeció en el destino de tesorero, y á su muerte no se encontró en su casa ni aun el lienzo necesario para envolver su cuerpo. » Estat. Flor. t. II, app. pág. 491-93.

su conciudadano, que pagó á aquel la deuda con las sumas que le proporcionó Bernabé, de quien se titulaba lugarteniente. Como el dictador codiciaba la paz, se hizo al fin, restituyendo los Pisanos á los Florentinos las franquicias sobre su territorio, las conquistas que habian hecho, los prisioneros y la indemnizacion de cien mil florines.

Cuando Carlos IV volvió, Florencia se interpuso para conciliar á los nobles y vecinos de Siena, donde estuvo á punto de ser asesinado; le indujo á restituir á Pedro Gambacorti el gobierno de Pisa, con la cual concluyó un tratado de paz: prestó á Luca trescientos mil florines á fin de que se redimiera del dominio de este emperador, y de este modo, poniéndose á la cabeza de todos los Güelfos de la Toscana, pudo contener á Bernabé Visconti; pero el Frances Guillermo de Noellet, legado pontificio, intentó apoderarse de la Toscana, aprovechándose de la carestía que entónces dominaba, y dirigió contra aquel territorio la banda blanca de Juan de Acuto. Indignada Florencia al verse vendida por aquellos mismos á quienes habia favorecido con la mas leal constancia, compró la inaccion de Acuto por cincuenta mil florines, y pronto introdujo el incendio en la Romanía, prometiendo su apoyo á cualquiera que se rebelase contra las santas llaves. Se le unieron Siena, Luca y Pisa, así como Bernabé Visconti. Los ocho de la guerra, á quienes llamaban entónces los ocho santos patronos, reunieron el ejército bajo una bandera, en la que se veía escrita la palabra *libertad*; le enviaron á Roma y á otros países, y en ménos de diez dias, ochenta ciudades ó aldeas de Romanía, Marca de Ancona, Espoleto y hasta la misma Bolonia, sacudieron la tiranía de los eclesiásticos, constituyéndose independientes, y llamando á las antiguas familias desposeídas por el cardenal Albornoz. El papa citó á los Florentinos; pero ellos, que no querian ser religiosos en detrimento de su libertad (1), enviaron á Aviñon tres embajadores que sostuvieron su causa con inaudita firmeza.

Fueron, pues, excomulgados y se invitó á todos á que se apoderasen de sus personas y bienes; pero Donato Barbadori se volvió á una imágen de Cristo, y apelando de tan injusta sentencia, le dijo con el salmista: « Tú que eres « mi apoyo, no me desampares, ya que mi padre » y mi madre me han abandonado. » Obligaron á salir de Aviñon y otras partes á todos los que allí estaban por negocios de comercio; el rey de Inglaterra aprovechó esta ocasion para apoderarse de los bienes y reducir á esclavitud á todos los Florentinos que se hallaban en su reino: Acuto entró á sangre y fuego en las ciudades rebeldas; Roberto de Ginebra, nuevo legado, trajo una de las bandas mas feroces que devastaron la Francia, mandada por el Breton Juan de Malestroit, el cual, habiéndole preguntado

(1) Los Florentinos religionis timorem ponendum esse censuerunt ubi is officeret libertatem. Poggio BRACCIOLINI, lib. III, pág. 223.

el papa si tenia bastante valor para penetrar en Florencia, le contestó: *Ciertamente, si el sol entra allí*; amenazaba á los Boloñeses diciéndoles que se habia de lavar los piés y manos con su sangre, y en el saqueo de Cesena gritaba: *Sangre, quiero sangre, degollados á todos*; grito horrible, y mas horrible todavía en la boca de un legado del pontífice. En esta infeliz ciudad, que estuvo tres dias abandonada al furor de aquellas tropas, se encontraron cinco mil cadáveres cuando se reedificó; debiendo tomarse en cuenta los que perecieron en el fuego y corridos por los perros; los demas fueron de pueblo en pueblo mendigando su sustento, viéndose entre ellos las viudas mancilladas y hambrientas que movieron á compasion hasta al feroz Acuto.

Catalina, natural de Siena, hija de un pintor, que se habia entregado á una vida austera, comenzó á tener revelaciones y comunicaciones con los espíritus celestes; Jesucristo mismo la permitió que chupase la llaga de su costado; otro dia cambió su corazon por el de ella, y se desposó con la misma con toda solemnidad, dándole un anillo que siempre llevó en su dedo y en el que solo ella veía las señales de la Pasion. Estos y otros muchos milagros se cuentan por su confesor Raimundo de Capua, el cual dudó por mucho tiempo si podrían ser ilusiones de una devota fantasía, hasta que vió que la cara de la jóven Calalina se habia transformado en la misma del Redentor (1). Á esta Santa acudieron los Florentinos para que aplacase el enojo del papa, y ella marchó á Aviñon, y le tranquilizó, exhortándole á que volviese á Roma. El nuevo pontífice Urbano VI, mas predispuesto á la paz por efecto del gran cisma, absolvió á los Florentinos de la excomunion, recibiendo doscientos treinta mil florines.

En el mismo año cayeron las instituciones, quedando los nobles excluidos de los empleos, mientras podia desempeñarlos cualquier plebeyo, sin otra prohibicion que la de que no pudiesen tomar asiento contemporáneamente en el gobierno dos personas del mismo apellido, resultando de ello que como las familias antiguas se extendian en muchísimas ramas por el celo que tenían en conservar los nombres tradicionales, y las nuevas por el contrario apenas conocian dos generaciones, estas eran siempre preferidas, á pesar de ser gente inexperta en los negocios públicos. Pero mientras la prohibicion excluía á las antiguas, otra ley militaba contra las nuevas. Desde el año de 1266, subsistía la administracion llamada de la massa güelfa, con capitanes de este partido que se renovaban cada dos meses y que aumentaban de dia en dia su poder y arrogancia. Hugo de los Ricci, de familia émula de los Albizzi, hizo ordenar que en el caso de que un gibelino ocupase un empleo público, fuese castigado con la multa desde quinientas libras

(1) BOLLAND, ad 30 apr; AUG. HAGEN, *Die wunder der h. Catharina von Siena*. Leipzig, 1840.

hasta la pena capital, bastando la prueba de seis testigos aprobados por el capitán del partido y los cónsules de las artes. Esta ley, nuevo testimonio del encono de las facciones, propendia á excluir á todo el que tuviese ménos de quinientas libras y al que no fuera del agrado de los capitanes de la massa güelfa. Los señores no se conformaron con ella y la modificaron, con cuya modificacion continuó en observancia: el número de los capitanes en virtud de esta reforma ascendió á nueve, añadiendo dos cortesanos y elevando á veinticuatro los testigos requeridos; despues se introdujo que, cuando uno de los elegidos para un asiento de la señoría se sospechase que tenia ideas gibelinas, se le *amonestase*, á fin de que no se expusiera al peligro de pagar la multa, lo cual era una terrible fiscalizacion para los magistrados, y ponía las elecciones en manos de los capitanes del partido.

Los Albizzi prevalecieron sobre los Ricci, los cuales se vieron excluidos por la ley que ellos mismos habian provocado, y de aquí resultaron nuevas facciones, hasta que por una resolucion de los diez de la libertad, se eliminaron de toda magistratura por espacio de cinco años á cinco miembros de cada una de estas familias. Las casas antiguas se esforzaban por conservar la pureza güelfa, ejerciendo la *admonicion* severamente, con lo que se descartaban de los hombres nuevos, inclinándose así a favor del partido aristocrático. La familias nuevas pretendian que desapareciese la distincion nominal de Güelfos y Gibelinos, apoyando la opinion democrática. Seguian el partido de los Albizzi los antiguos plebeyos güelfos, llamados nobleza ciudadana, y el de los Ricci, llamados Gibelinos, los Strozzi, Alberti y Médicis, familias de mucho dinero que habian desertado de los nobles ciudadanos. Pertenecian á esta faccion los ocho de la guerra contra el papa, como amigos que eran de Bernabé, los cuales con su resistencia á la Santa Sede, parecia que ofendian al partido gibelino. Los Albizzi se defendian amonestando, y recobraron su ascendiente, cuando el pueblo, cansado y excomulgado, deseó la paz. Promovido Silvestre de Médicis á gonfalonero, propuso que se instituyese una comision que reformase el Estado, la cual decretó unos estatutos que disminuian la autoridad de los capitanes de partido y mitigaban la severidad contra los amonestados y sospechosos Gibelinos.

El pueblo, que en un momento de furor habia hecho pasar aquellos estatutos contra la oligarquía establecida, temió que extinguido el primer ardor comenzasen los castigos, é instigado por los amonestados, organizó ligas tan fuertes, que la señoría no se atrevió á castigar á los jefes de estas facciones, aunque los conocia. Las pretensiones de la ínfima plebe vinieron á aumentar los combustibles para el incendio. Cuando la ciudad se dividió en gremios de artes, y cada uno de ellos era juzgado por sus jefes en los asuntos civiles, algunos oficios no formaron corporacion; pero se sometieron á otros, por